COLEGIO SALESIANO SAN MIGUEL ARCANGEL

Repullés y Vargas, 11 (Paseo de Extremadura) - 28011 Madrid

Con un gran atraso en las fechas, debido a varias causas que me han impedido hacerlo antes, pero con el mismo dolor y lleno de esperanza en el Espíritu de Jesús que nos resucitará, os comunico la muerte de nuestro hermano

Félix Azpeleta Prieto

Dicen que la mayor falta de puntualidad es llegar tarde a las personas. La muerte, en este caso también llegó puntual para llevarnos a don Félix. Vino a la chita callando, casi jugando al escondite porque otras veces estuvo peor y la muerte no se hizo presente. Nadie lo esperábamos. Muchos años con enfermedad y dolencias, pero no grave en ningún momento. La muerte llegó así de repente y él no pudo decir ni una palabra. Se quedó con la sonrisa en los labios, con las manos quietas y el corazón frío. Sólo los que estuvimos junto a él recordamos la frase de la Sagrada Escritura: «Heme aquí, Padre, para hacer tu voluntad» (Salmo 110,1).

Don Félix padecía de asma hacía ya mucho tiempo. Sufrió dos trombosis en el espacio de siete años. El Viernes Santo ¡terrible aquel Viernes Santo! de 1981, le amputaron una pierna. Desde entonces, quedó crucificado con Cristo en el Calvario del dolor. A pesar de todo hacía vida comunitaria lo más que podía. Un día antes, el 15 de enero me llamó a las tres de la madrugada manifestándome que se ahogaba. Era un ataque de asma como el de otras veces. Llamé al enfermero y se le puso una inyección mandada por el médico para estos momentos de crisis respiratoria. Se tranquilizó; a la mañana siguiente no se levantó y prefirió quedarse en cama. Llamamos al médico y diagnosticó un catarro grande con grave insuficiencia respiratoria.

Durante el día no quiso comer; yo mismo le obligué a tomar algo. Ese día no pudo celebrar la eucaristía y le dije si le llevábamos la comunión. Al anochecer un hermano así lo hizo. Antes de acostarme pasé a despedirme... No se encontraba mal. Ni él ni yo pensábamos que era el último adiós. Quedó tranquilo y en la paz de la noche llena de silencio me retiré a mi habitación. A las 2,30 de la madrugada sentí que me llamaba. Acudí rápidamente. Estaba excitadísimo. En mi vida había visto a una persona en un estado tan grande de nerviosismo. «Señor Director, ¡me ahogo! ¡me ahogo!». Le pedí que se tranquilizara. Llamé al enfermero y él también acudió rápidamente. No éramos capaces de tranquilizarle. Salimos para llamar al médico urgentemente. De repente se calmó y quedó tranquilo. Su placidez fue tan grande que entré en la habitación pensando lo peor. «Don Félix, ¿respira? Sí; «le duele algo? No». Duerma, que así descansará. Salí un momento de su cuarto. Cuando regresé ya había expirado. El enfermero ni se dio cuenta. Le llamé fuertemente agarrándole por las manos. Ni él ni nosotros nos habíamos dado cuenta de que se estaba muriendo. Le di la bendición de María Auxiliadora. Llamé a varios hermanos y rezamos el rosario. ¡Don Félix nos había dejado! como canta el poeta castellano: le econtramos «a bordo, ligero de equipajes casi desnudo, como los hijos de la mar».

DATOS PARA UNA BIOGRAFIA

Don Félix había nacido, hacía ochenta años, en un pueblecito al norte de Palencia: Melgar de Yuso. Su madre, Daniela, se había casado en segundas nupcias con Antonio. Su madre llevó una hija al nuevo matrimonio. A los pocos meses, el 4 de noviembre de 1907 nacía el pequeño Félix. Aquel nacimiento cayó muy bien en el matrimonio de Antonio y Daniela.

A los pocos meses la tragedia entraba de nuevo en aquel hogar arrebatándole a su padre. Esta carencia de paternidad quedó marcada en don Félix toda su vida. Podemos imaginarnos cuánto tuvo que trabajar su madre para sacar adelante a sus dos hijos.

Un día de 1919 expuso su idea de ser sacerdote. La visita de un salesiano, andariego a lo divino por las tierras castellanas, le llevó a Campello (Alicante) para comenzar sus años de aspirantado. Nunca olvidará que su familia había sido una pequeña iglesia doméstica donde se había iniciado en grandes valores

y actitudes morales, que más tarde le definirán como «uno de estos hombres que no eran problemas sino que, tan sólo, están para resolverlos».

Después de cuatro cursos en Campello, comienza el Noviciado en Carabanchel Alto (Madrid) y allí hace la primera profesión el 23 de julio de 1925. Para él, como para todo salesiano, aquella fecha marcará un gran amor a Don Bosco. Con la primera emisión de sus votos empezó su vida salesiana que duraría sesenta y dos años llevándola con gozo y un gran corazón oratoriano, abierto siempre a los jóvenes y a las distintas y difíciles misiones que la obediencia le confió.

Varias veces, al hablarme, lloraba cuando percibía que las cosas no iban bien o se ponía en tela de juicio la vida comunitaria o la de los superiores. Siempre le parecía bien y me lo agradecía de un modo u otro, cuando daba unas buenas noches, homilía o charla a los hermanos animándoles a la vida de comunión fraterna. Estas lágrimas siempre me impresionaron y ahora, al leer sus apuntes personales, comprendo mejor este llanto al leer una frase de don Alesio Barberis: «El llorar es un "sport" de la devoción». No cabe duda que la vida comunitaria la vivía como una auténtica devoción.

Hace su trienio en el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca del 1927 al 31. Le destinaron como clérigo con los mayores de 5.º de bachillerato. Ya entonces despuntaba como un gran hombre de carácter, jovial y alegre que supo granjearse enseguida la amitad de aquellos jóvenes. Todavía hoy, algunos antiguos alumnos suyos le recuerdan con simpatía llevando el deporte del colegio, especialmente los campeonatos intercolegiales; entusiasta, alegre, buen profesor de matemáticas y un buen animador de paseos, patio, teatro y veladas.

El día 9 de octubre de 1931 marcha a Turín para comenzar sus estudios teológicos. El 25 de abril de 1932 hace su profesión perpetua en la Crocetta. Son bastantes los pequeños apuntes que encuentro de aquella época y que se reducen a exaltar fechas o acontecimientos como la elección de Pío XII, o la primera vez que conoce a don Ricaldone el día de nochebuena de aquel mismo año. Las palabras que les dirigió en las buenas noches las quiero transmitir porque conservan un gran frescor de actualidad: «Nuestra fuerza, la fuerza de la Congregación es estar con Dios, estar con Don Bosco, estar con sus representantes». No quiero dejar de soslayar por el gran parecido con su muerte el fallecimiento de don Rinaldi; la soledad en el momento de morir tan repentinamente le impresionó tanto que él también la tenía una cierta fobia. Muchas veces pasábamos los hermanos a su habitación y ¡hay que ver cómo lo agradecía! En Turín permanecerá hasta el 24 de junio de 1933, cursando los dos primeros años de teología que finaliza en Carabanchel con su ordenación el 15 de junio de 1935 de manos de monseñor Manuel González, el Obispo del Sagrario abandonado.

Su primera obediencia de sacerdote le destina al Colegio de María Auxiliadora de Salamanca que, juntamente con Santander serán los más predilectos y de los que guardaba gratos recuerdos.

De esta fecha un alumno suyo, y posteriormente un gran amigo personal de

don Félix, el doctor González Muriel que le atendió en momentos difíciles, me escribe a raíz de su muerte: «En él se acrisolaban todas las virtudes salesianas en la práctica de la genial pedagogía de Don Bosco».

Otro antiguo alumno del colegio, hoy salesiano de nuestra inspectoría, me decía en su nota de pésame: «Me impresionó en él su capacidad de trabajo: la dedicación a él no le impedía aparecer siempre sonriente, alegre, y sobre todo tranquilo. Jamás observé en él nada que pudiera parecerse a la ira».

En 1942 le nombran director de Astudillo (Palencia) permaneciendo en el cargo tan sólo un año. Junto a posibles errores que narran algunos, no cabe duda que la valoración de este corto período fue muy positivo para aquella casa, entonces aspirantado de la Inspectoría Céltica. El testimonio de uno de aquellos aspirantes, hoy también salesiano no deja lugar a duda: «Situación de miseria, sin lavabos, cogiendo agua en las bañeras o palanganas; a veces rompiendo el hielo. La vajilla de los aspirantes era de aluminio. Los víveres escaseaban. ¡Era un problema! Don Félix era el Director. Cuando llegó pronto empezó un gran cambio en el seminario y en los aspirantes: cambió el corte de pelo (entonces casi a lo bonzo); retiró la vajilla de aluminio; comenzó la renovación del edificio.

Era el primer trabajador. La casa cambió de aspecto: comedores, estudio, dormitorios, galerías y pasillos. Aquello parecía un "milagro"; sin chapuzas, que no le gustaban y las corregía con energía y temperamento».

El testimonio de don Tobías Hernández todavía prosigue: «sufrió mucho como Director y todo para lograr un ambiente familiar y salesiano entre hermanos y aspirantes. Se ayudaron mucho familias y bienhechores de este noble pueblo castellano y su comarca».

Son muchos los amigos que hizo y que todavía le profesan un gran recuerdo. Podríamos aplicarle el elogio de santa Teresa al fundar en Palencia: «Mas toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto, y ansí cada día me alegro más de haber fundado allí» (Fundaciones, c.29,11).

Como ya he manifestado esta obediencia duró sólo un año y don Modesto Bellido, entonces inspector le nombró director del colegio de Santander, que entonces tenía un chalet adjunto en el que se formaba un grupo de aspirantes. Una rica correspondencia entre ambos, expresión de una gran confianza, es hoy testimonio de sus preocupaciones: obras, espíritu de familia, vida de piedad y aspirantes. Don Félix pasó estos cinco años prosiguiendo con su espíritu renovador y entregado a la obra salesiana que se le había confiado. Empezó modernizando las viejas instalaciones del colegio. Pero no todo eran obras. No podemos ver en don Félix un activista sin tiempo para la oración y la reflexión. Según testimonios de algunos clérigos de entonces le veían como un hombre de gran riqueza espiritual; sobresalía por su vida de piedad y su espíritu salesiano grande.

En 1947, sin terminar el sexenio, le hacen administrador de Arévalo que entonces se inauguraba. Don Modesto le dice: «Animo. Creo puedes hacer mucho bien en Arévalo. Comprendo el sacrificio de dejar Santander donde tanto has

trabajado y con tanto acierto lo mismo en lo espiritual que en lo material. Precisamente por el éxito y teniendo en cuenta lo segundo pensé en Arévalo para que esta casa resulte modelo en todo». Desde entonces, las casas de Paseo de Extremadura, Saldañuela (Burgos) donde coge el asma debido al frío y la humedad, le tendrán como prefecto. En 1959 le destinan de catequista a Salamanca, ¡otra vez al Colegio de María Auxiliadora!

En 1963 va al colegio de Huérfanos de Ferroviarios de Madrid hasta el 1984 que le destinan por segunda vez, a esta casa de Paseo Extremadura. Esta será su última morada para marchar con Don Bosco a la casa del Padre.

De nuevo el testimonio de su médico y amigo el doctor González Muriel me sirve para finalizar este cuadro biográfico de don Félix: «Por todas las casas que pasó por la obediencia, y fueron muchas, dejaba una impresionante estela de apostolado, de afecto, amistad y cariño no sólo de los alumnos, sino también de sus padres y familias. De este modo llegó a tejer el más extenso y variado parentesco cordial, que desde todos los lugares acudían a visitarle y a rodearle en los trances amargos de la enfermedad, o de los días felices de bodas y bautizos».

Así se pierde la estela del bien hacer las cosas de un salesiano trabajador y, sobre todo, disponible para donde la obediencia le necesitaba. Quizá no esté mal en tiempos como los actuales, recordar estos modelos de hombres que se hacían todo para todos en una actitud siempre de obediencia y servicio, ahora que tanto aflora la comodidad y el aburguesamiento. Dios le hizo padre de muchos por vivir esta actitud de exilio y desprendimiento donde la obediencia le destinó.

EL HOMBRE

Con este título quisiera anotar, como apuntes de agenda, los rasgos humanos que sobresalían en don Félix. Creo que estamos perdiendo capacidad de admiración por el hombre y por todo lo que realiza. Más de una vez somos insensibles para aquellos que su vida la definen sólo como entrega.

Don Félix era un hombre de grandes cualidades humanas. Tenía especial facilidad para los trabajos manuales y dirigir obras, a pesar de que no tenía estudios para ello. Alguien le ha definido como un auténtico arquitecto dirigiéndolo todo. Quizá sea esto, junto a su temperamento fuerte y sus dotes intelectuales, lo que más destaca en su personalidad.

Entusiasta y emprendedor encontró en el trabajo el verdadero camino de su santidad. Por el trabajo se olvidaba de sí mismo. Hasta dos días antes de morir nos daba a los hermanos esta lección de su trabajo en su pequeño taller de escayola donde hacía imágenes que daba y repartía. Antes y después de la enfermedad solía repetir: «El trabajo es lo que nos llevaremos a la eternidad».

No sólo trabajaba sino que hacía trabajar. Era incansable; para él no contaban las horas por duras que fueran con tal de mejorar las instalaciones de las casas por donde pasó, como ya hemos anotado anteriormente, para hacerlas más

confortables y más pedagógicas según la orientación de nuestro sistema preventivo.

Duro y austero consigo mismo, no exigía nunca nada para sí y todo era darse a los demás. Por evitar molestias a los hermanos no le importaba, me escriben, echar mano del pico o la pala en las obras, o la escoba o la fregona en la comunidad. Su diversión era el trabajo. Ya lo he apuntado en otro lugar y quiero volver a él por tener una gran importancia para comprender este retrato que estamos haciendo de su persona: don Félix era un hombre de temperamento. Esta realidad de su persona era la que le traía más disgustos. Sus prontos, a veces, o su trato vehemente cuando las cosas no se enfocaban o se realizaban por donde él no quería le llevaban a chocar con hermanos o personas. Siendo consciente de esto puedo decir que también trabajó con la misma paciencia que el escultor con su obra. A veces contestaba y otras callaba en humildad silenciosa. He aquí un testimonio de otro hermano de la comunidad sobre este aspecto: «En esos años que he convivido con él, he recibido ejemplos admirables: el dominio de sí, su serenidad de espíritu, su piedad. Pasaba horas y horas, solo en su habitación escribiendo, leyendo o rezando, sin dar muestras de aburrimiento o cansancio. Yo que le conocí en sus años mozos, con su genio, y con cierto aire de mando, lo encontraba ahora tan cambiado...»

Pero hay algo que define de un modo peculiar la personalidad de don Félix. Durante mucho tiempo estuvo encargado de las obras de la Inspectoría. Tenía grandes cualidades para realizar todo tipo de obras en las que ponía el mayor empeño, dedicación y sacrificio. Tenía un gran sentido de la responsabilidad y esto le llevaba a estar al frente con todas sus consecuencias. Se le veía en lo alto de las obras con su cinta métrica, sus planos, sus charlas con los obreros pasando como ellos frío, calor y lluvias que, poco a poco, fueron ocasionándole una bronquitis asmática cruda que arrastró hasta el final de su vida.

Fue pragmático arquitecto sin estudios, pero con grandes dotes y cualidades. Por eso se le confió esta misión. Entre todas destaca el altar del colegio de María Auxiliadora de Salamanca, hoy parroquia, y con un ábside ciertamente hermoso. Esta obra siempre la llevó con orgullo. El doctor Muriel dice de ella: «Este recuerdo diría que fue el más preciado de su vida y que él quiso plasmarlo, como lo vio Don Bosco para el altar de la Basílica de Turín, en perpetua estampa de la gloria de nuestra Madre, como invitándonos a un también "rendidos a tus plantas Reina y Señora"...»

Don Emilio Alonso, al felicitarle por sus bodas de oro el 15 de junio del 85, y después de escuchar unas palabras en la fiesta de la comunidad inspectorial y a la que él no pudo asistir, le decía: «Nadie como yo veía a don Félix en aquel incomparable altar... María Auxiliadora se lo pagará ya en santidad y conformidad, y luego le pondrá en el cielo entre los "grandes" salesianos que se han ganado bien el cielo en la vida salesiana».

Junto a estos éxitos Dios puso a don Félix en los quince últimos años de su vida la gran prueba del dolor donde, sin duda ninguna, acrisoló su gran talla humana y su vida religiosa. Laín Entralgo afirma que sólo en el dolor la persona es capaz de encontrarse consigo misma en su total realidad y sólo mediante

él llega a madurar plenamente. Pienso que en don Félix esto fue también una realidad. Sus dos embolias, que le dejaron el lado derecho del cuerpo paralítico, la amputación de la pierna, crisis agudas asmáticas, sus noches de insomnio y sus depresiones ante la falta de actividad. También esta prueba la supo llevar con resignación, aunque no quiere decir que no tuviera sus malos momentos chocando, incluso con aquellos que le cuidaban más directamente.

Otra vez, el testimonio del doctor Muriel nos describe estos años difíciles para él, pero llenos de mérito por su resignada aceptación: «Luego la enfermedad larga y severa con sus episodios dolorosísimos le unieron más entrañablemente a mi familia. Admirábamos su fortaleza y el valor cristiano al experimentar cómo escribía así otro gran capítulo del Evangelio del sufrimiento del hombre, como lo escriben todos los que sufren con Cristo».

Así llegó don Félix a la casa del Padre roto de dolor, pero lleno de gozo, porque él que tanto sabía de cruz, ahora experimentaba, estoy seguro, el sabor de la pascua del Señor resucitado.

SALESIANO Y SACERDOTE

No quisiera terminar esta carta sin decir una palabra sobre su salesianidad y celo apostólico. Don Pedro López, vicario inspectorial, que presidió su funeral por ausencia del señor Inspector aludió también extensamente a este aspecto de su vida.

Ya hemos visto cómo todas las casas por donde pasó y fueron muchas, se hicieron testigos de su entusiasmo, optimismo, sacrificio y sin quejarse de nada ni de nadie con tal de ahorrar para la comunidad.

Su pobreza y obediencia le hicieron acercarse a Don Bosco en su vida cotidiana.

Era un hombre piadoso. Cuando yo le conocí, al llegar como director a esta casa, me di cuenta de que siempre hacía en su habitación la oración de la mañana y la meditación. En este último año y medio sólo hizo meditación sobre Don Bosco por medio de las memorias. Y ya mucho antes debía haber empezado porque se encontraba en el tomo IX. Muchas veces, me comentaba su meditación hablándome de la grandeza de Don Bosco.

Por la tarde celebraba la Eucaristía después de haber asistido a otra que se celebraba al mediodía para otros hermanos enfermos. Nunca dejó la Eucaristía. Yo mismo concelebré con él algunas veces. Me decía: «señor Director, ¿no celebra hoy conmigo en la catedral?» Su cuarto era la catedral. Se le veía piadoso y recogido. Después iba a la lectura espiritual y vísperas con la comunidad.

A María Auxiliadora le tenía un cariño especial. Sus palabras y sus gestos hablaban de esta gran devoción. El rezo del rosario completo era un testimonio diario muy elocuente.

Y quiero terminar esta semblanza con dos testimonios que por su importancia son significativos. Ambos coinciden en felicitarle para sus bodas de oro:

Don Modesto Bellido le dice en esa carta: «¡Cuánto bien ha hecho en la Inspectoría. Recuerdo los momentos difíciles en Astudillo, las actividades de Salamanca y la transformación de la casa de Santander. Actualmente quizá sirva aún más a la Inspectoría sobrellevando la sobrecarga que el Señor le ha enviado».

Y don José Antonio Rico en unas líneas muy efusivas le expresa estos sentimientos: «Puede estar orgulloso de su vida sacerdotal: ha sido siempre digno sacerdote, salesiano enamorado de Don Bosco y de la Congregación, religioso muy de Dios, austero, trabajador, viviendo sencillamente el "Da mihi ánimas" sin medir horas, alegre y servicial».

Hermanos: con el mismo dolor que en el día de su muerte quiero pediros una oración por este hermano muerto en Cristo Jesús, caído en el surco, y por nuestra fe creemos que resucitado en la esperanza del premio que Dios tiene preparado para los que han sido servidores fieles. Disculpad esta tardanza en escribir este recuerdo. Las ocupaciones me lo han imposibilitado. Sí quiero afirmar que al escribirla lo hago consciente de que soy fiel a un gran hombre que ha dado lo mejor de su vida por la gloria de Dios y la fidelidad de Don Bosco Santo. Supone dificultad escribir sobre alguien que sólo he conocido al final. Me he basado en los testimonios de hermanos y gente que le son agradecidos a don Félix. Yo también os lo agradezco, porque sin vosotros me hubiera sido imposible.

Pido al Señor y María Auxiliadora sirva esta carta de testimonio para todos nosotros. Que estos modelos nos ayuden a vivir más nuestra radicalidad evangélica en la vida consagrada. Muchos permanecerán escépticos. Otros sentirán un gozo grande en llevar la antorcha que hemos recibido de estos grandes atletas de vida salesiana.

Me encomiendo a vuestro recuerdo ante el Señor y pido os acordéis de esta comunidad, esperando que esta muerte sea semilla de perseverancia y de crecimiento en nuestra vocación salesiana.

Vuestro afmo. en Cristo,

JULIÁN SÁNCHEZ MORA
Director

Madrid a 10 de julio de 1987

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Sacerdote *Félix Azpeleta Prieto,* nacido en Melgar de Yuso (Palencia) el 4 de noviembre de 1907; muerto en Madrid (Paseo de Extremadura) el 16 de enero de 1987, a los 79 años de edad y 61 de profesión religiosa.